

---

# ¿VETO O FRACASO?

## Apuntes sobre la intelectualidad peruana durante la República aristocrática

Ricardo Portocarrero Grados

---



LA RECIENTE APARICIÓN del libro de Osmar Gonzales, *Los sanchos fracasados*<sup>1</sup>, ha motivado estas líneas. No se trata de una reseña del libro citado, sino, más bien, de reflexiones motivadas por su lectura y que de esta manera encuentran un interlocutor válido para una necesaria discusión sobre el estudio de los intelectuales.

Salvo los trabajos de Salazar Bondy y David Sobrevilla, que buscaron dar visiones globales y de largo alcance, la mayoría de los trabajos de investigación sobre los intelectuales se pueden dividir en dos grandes grupos. En primer lugar, estudios individuales de tendencia reivindicatoria. En segundo lugar, los estudios globales que realizan una enumeración de autores y publicaciones. Dentro de ellos destacan los que enfatizan determinadas especialidades (filosofía, historia, sociología, antropología, economía, literatura, entre otras).

<sup>1</sup> Osmar Gonzales, *Los sanchos fracasados: los arielistas y el pensamiento político peruano*, Ed. Preal, Lima, 1996.

RICARDO PORTOCARRERO

Estos dos grandes grupos comparten un elemento común: cumplir un papel divulgador. Pocos son los que buscan una reflexión profunda para cimentar una tradición de reflexión política e intelectual que reconozca y parta de su ubicación en un territorio conocido como el Perú. Demanda que Gonzales hace en su libro con toda justicia.

En su libro, Gonzales, aunque no puede escapar de cierta tendencia reivindicatoria y de divulgación, continuando con las tendencias antes dichas, avanza en la elaboración de un texto que busca establecer los parámetros para el estudio y la comprensión de una generación de suma importancia para la historia intelectual peruana. De allí aparecen una serie de preguntas: ¿era necesaria esta reivindicación? ¿Las situaciones por las que atravesaron fueron comunes a otras generaciones? Además de las propuestas, ¿las preguntas de las que partieron siguen siendo válidas? ¿Qué relaciones se establecen entre diferentes generaciones? ¿Y entre intelectuales, clase social y política?

SOBRE LA FUNDACIÓN DE UN PENSAMIENTO POLÍTICO NACIONAL

Un aspecto planteado por Gonzales necesita ser cuestionado previamente. ¿De cuándo data la existencia de un pensamiento político nacional? Según sostiene el autor, la generación arielista representa «un intento grupal por fundar un pensamiento político nacional» pues antes sólo existieron «pensadores que marcaron su influencia en nuestro pensamiento político, pero de manera más individual», ya que las anteriores generaciones «no llegaron a establecer una matriz propia de pensamiento» (p. 26). Según este planteamiento, que recoge las tesis de Sinesio López que analizaremos más adelante, los arielistas representan una larga historia de intentos y fracasos en la conformación de un pensamiento político nacional.

## SOBRE LA INTELLECTUALIDAD PERUANA

¿De cuándo data, pues, el pensamiento político nacional? Aún más, ¿existe? La pregunta es pertinente, ya que en la última década, por ejemplo, en el caso de la filosofía, uno de los debates más interesantes que la atraviesa es si existe un pensamiento filosófico latinoamericano y, en caso de ser negativa la respuesta, si debe existir. Acerca de este punto, los filósofos comienzan a clasificarse entre «latinoamericanistas» (siguiendo los planteamientos de Salazar Bondy) y «universalistas»<sup>2</sup>. El autor no ha dado, creo, una respuesta al problema que ha planteado. Sólo lo ha dejado en un genérico decir que el pensamiento político peruano actual, en el necesario proceso de repensarse, no puede prescindir de los aportes de los arielistas. En ese sentido, su estudio se ubica en un «limbo» entre el pasado y el futuro del Perú de los años 1905 a 1932, período que abarca su estudio.

Aunque realiza algunas alusiones al pasado, éstas son muy breves y esquemáticas. El planteamiento de una historia del pensamiento político nacional que se expresa en intentos fallidos es prematura, pues faltan estudios profundos con nuevas perspectivas sobre las diversas generaciones e individuos que son punto de referencia en su evolución histórica. Tomemos un ejemplo: las ideas políticas de fines del siglo XVIII. Aquí existe un primer problema, y es asumir la Ilustración peruana como sinónimo del *Mercurio Peruano*. Un segundo problema es haberse planteado su estudio en relación con un hecho histórico posterior: la independencia, presentándose a los ilustrados peruanos como precursores. En ese sentido, la Ilustración peruana no sólo ha sido poco estudiada sino, además, no ha sido sistematizada, ya que no existe, salvo

<sup>2</sup> Es interesante recordar otro caso interesante. Durante los años previos a la Revolución de 1917, los marxistas rusos también se dividían entre «occidentalistas» y «eslavistas». Como sabemos, estas vertientes dejaron huellas duraderas en el régimen ruso posterior.

RICARDO PORTOCARRERO

en el caso de Pablo Macera<sup>3</sup>, un intento integral. Es sintomático como el bicentenario del *Mercurio Peruano*, que se cumplió en 1991, no tuvo entre sus resultados modernas monografías o un estudio integral sobre el tema.

Pero también existen en la reciente historiografía aportes que, realizando estudios colaterales, están abriendo nuevos derroteros para entender la Ilustración, su época, su discurso político y sus proyecciones en el siglo XIX. Citaré algunos casos: el impacto cultural de la Ilustración en los diversos sectores sociales de la población urbana limeña (Juan Carlos Estenssoro); el nacimiento de un discurso político republicano distinto al colonial, pese a la anarquía militar entre 1824 y 1845 (Cristóbal Aljovín); las características del discurso nacionalista criollo republicano (Cecilia Méndez) y la existencia de otros espacios, como el teatro, para la formulación y el debate de discursos y proyectos políticos (Mónica Ricketts)<sup>4</sup>.

Un elemento más: al preguntarse por la existencia de un pensamiento político, Gonzales utiliza indistintamente para caracterizarlo los adjetivos peruano y nacional. Me disculparán la exquisitez, pero no significan lo mismo. El calificar el pensamiento político como peruano no significa que éste sea nacional. Baste recordar que la tesis de Riva Agüero, *Carácter de la literatura del Perú independiente*, abrió un debate acerca del carácter nacional de nuestra literatura, a partir del peso de la imitación de estilos y temas europeos en los autores

<sup>3</sup> Pablo Macera, *Tres etapas en el desarrollo de la conciencia nacional*, Ed. Fanal, Lima, 1956. Macera se ha negado a volver a publicar este estudio, por considerar que ya no está de acuerdo con sus planteamientos centrales. Sin embargo, continúa siendo un referente indispensable para la comprensión de este período. Véase también sus estudios en el tomo II de sus *Trabajos de historia*, INC, Lima, 1977.

<sup>4</sup> Estos estudios, donde no están todos los que son ni son todos los que están, pertenecen a tesis de historiadores de la Universidad Católica sustentadas en el Perú o en el extranjero. Por ello me disculparán la falta de referencias precisas y la falta de mención de otras universidades.



## SOBRE LA INTELLECTUALIDAD PERUANA

peruanos. Riva Agüero no tituló su tesis como literatura nacional o literatura peruana, sino del Perú independiente. Ello motivó la tesis de José Gálvez, *Posibilidades de una genuina literatura nacional* (1915), donde propone introducir temas y personajes nacionales, orientando su propia obra, como se sabe, hacia el costumbrismo criollo limeño. Como veremos más adelante, los arielistas inauguran el debate sobre la nación en el Perú y no lo hacen desde el debate político, sino desde nuestra literatura<sup>5</sup>. Estos criterios son aplicables a otras disciplinas: la historia, la filosofía (como señalamos líneas atrás), la sociología, etc. Hablar de lo nacional es partir del reconocimiento de que los intelectuales reflexionan teniendo como referente, parámetro o centro un espacio y un territorio al que llamamos Perú. No es lo mismo tener como centro Nueva York, Londres, Berlín o Tokio<sup>6</sup>.

Una última cosa antes de pasar al siguiente punto: ¿por qué los pensadores del siglo XIX no son citados como punto de referencia en el pensamiento político peruano? Para muestra, un botón: compárese el tamaño y profundidad de los dos tomos de Desco dedicados al pensamiento político peruano<sup>7</sup>. Ello nos remite al problema de la vigencia.

<sup>5</sup> Más adelante, los miembros de la generación centenarista también participaron de este debate: Luis Alberto Sánchez, *Nosotros: Ensayo sobre una literatura nacional* (1920), y los *Siete ensayos*, de José Carlos Mariátegui (1928). Véase también Miguel Angel Rodríguez Rea, *La literatura peruana en debate: 1905-1928*, Ed. Antonio Ricardo, Lima, 1985. Así como Rodríguez Rea reconoce que con los arielistas surge la moderna crítica literaria, Alberto Flores Galindo hace lo propio con la moderna historiografía.

<sup>6</sup> No queremos decir con esto que se trate de una ubicación física. Eso nos remitiría a otro aspecto: la distinción entre «arraigo» y «exilio» o «nacionalismo» y «cosmopolitismo». Lo que queremos decir es que el centro de la reflexión es el Perú, a partir de su realidad particular y, por supuesto, en su relación con el mundo. Este problema es explícito, por ejemplo, en el marxismo de Mariátegui y sus discrepancias con la Comintern.

<sup>7</sup> Alberto Adrianzén (Edt.), *Pensamiento político peruano*, Desco, Lima, 1987, y *Pensamiento político peruano: 1930-1968*, Desco, Lima, 1990.

## RICARDO PORTOCARRERO

## SOBRE LA VIGENCIA DE UNA GENERACIÓN

En 1984, la revista *Debate* publicó una encuesta en base a 36 entrevistados, todos los cuales eran reconocidos intelectuales. La cuestión no sólo era válida en ese entonces, sino, también pertinente<sup>8</sup>. La pregunta era: ¿cuáles eran los 5 libros que le permitían entender al Perú? Las respuestas fueron las siguientes: *Siete ensayos* (24), *Perú, problema y posibilidad* (10), *Historia de la República del Perú* (8), *Los ríos profundos* (8), *El antiimperialismo y el Apra* (7), *Los comentarios reales* (7), *Tradiciones peruanas* (5), *Todas las sangres* (5), *Clases, Estado y nación* (4), *Conversación en La Catedral* (4), *El mundo es ancho y ajeno* (4), *El Perú*, de Raimondi (4), *El Perú contemporáneo* (4), *La multitud, la ciudad y el campo* (3), *La realidad nacional* (3), *Paisajes peruanos* (3).

A partir de las respuestas, *Debate* señaló como a los autores más mencionados a los siguientes: José Carlos Mariátegui (26), Jorge Basadre (24), José María Arguedas (17), Víctor Raúl Haya de la Torre (12), Garcilaso de la Vega (8), Ciro Alegría (5), Julio Cotler (5), José de la Riva Agüero (5), Mario Vargas Llosa (5), Víctor Andrés Belaunde (4), Francisco García Calderón (4), Manuel González Prada (4), Ricardo Palma (4), Julio Ramón Ribeyro (4), César Vallejo (4), Luis Alberto Sánchez (3). De esta encuesta podríamos sacar algunas conclusiones. Primero, el predominio de la generación centenarista en general (3 autores, 62 referencias) y de Mariátegui en particular. Segundo, en contraste, la baja referencia a la generación arielista (3 autores, 13 referencias). Tercero, salvo el caso claro de Garcilaso y los casos de tránsito entre siglos de Palma y González Prada, la mayoría aplastante de autores son del presente siglo (13 de 16). Cuarto, la influyente presencia de la literatura en la elaboración de visiones sobre el país<sup>9</sup>.

<sup>8</sup> *Debate*, No 26, Lima, mayo de 1984, pp. 36-48.

<sup>9</sup> Al respecto, podría verse la interesante tesis de Mario Vargas Llosa en *La utopía arcaica*, Fondo de Cultura Peruana, México, 1996, pp. 16-22.

## SOBRE LA INTELLECTUALIDAD PERUANA

Por ahora nos centraremos en los dos primeros aspectos, aunque la encuesta en sí misma da para analizar otros que, para el caso presente, podemos dejar de lado. ¿Por qué la menor presencia de los arielistas? ¿Por qué la falta de vigencia? ¿Será por culpa de la «crítica judicial» de la generación centenarista o el veto político de apristas y comunistas en los años treinta? No lo creo, porque, finalmente, ¿qué es tener vigencia? Eduardo Cáceres sostiene que tener vigencia «es haber establecido un terreno, una problemática, algunas propuestas que siguen siendo decisivas en la configuración del presente». Para ello, dice, se requieren algunos elementos. Primero, la capacidad de los planteamientos políticos para, a la vez que elaboran una visión del Perú, la delimiten, la creen, estableciendo un escenario común, inaugurando una época. Segundo, que dichos planteamientos encuentren su continuidad (y su caducidad) en determinados sujetos políticos y sociales. Tercero, «tienen que ver con un *plus*, con un más allá posible, con una utopía -para usar el término de moda-. Es la pervivencia de una apuesta, de una posibilidad»<sup>10</sup>.

Podemos aplicar esta misma definición a los arielistas. ¿Por qué su falta de vigencia? A diferencia de Gonzales, consideramos que el Partido Nacional Democrático, instrumento para la realización práctica de su propuesta política reformista, nació cuando la República aristocrática ya estaba en crisis, y ambos, la República aristocrática y el programa reformista, caducaron en 1919 con el advenimiento de Leguía y su «Patria Nueva». Los sectores populares, que irrumpían en la política activa, estaban a la búsqueda de discursos en los cuales se sintieran representados e incluidos en la visión que se tuviera del país; las propuestas políticas de la generación

<sup>10</sup> Eduardo Cáceres Valdivia, «Mariátegui, la vigencia de una vida», en *La República*, Lima, 7 de abril de 1989, p. 26.



RICARDO PORTOCARRERO

del centenario estaban mejor capacitadas para incorporarlos masivamente. Lo peor de todo es que los arielistas recién toman plena conciencia de ello entre 1930 y 1932, cuando retornan al Perú.

Los arielistas no supieron comprender que ya en 1919 el escenario nacional era diferente. Esto era previsible en la crisis política que se produce entre 1909 y 1914, que culminó con el establecimiento del gobierno militar de Benavides. Su limitada visión política, en el caso de Riva Agüero, le hace creer que el problema fundamental de la ruptura política institucional de 1919 era la presencia de Leguía; es decir, un problema de personas, no de que el Perú ya no era el mismo de 1895. Los arielistas apostaron a reproducir la actitud reformista y de apertura del gobierno de Piérola, establecida luego de una revolución popular dirigida por la alianza demócrata-civilista, por ello su campaña por la amnistía de los pierolistas en 1911. Apostaban al restablecimiento de la alianza que había producido un período de crecimiento económico y de grandes expectativas políticas y sociales. La oligarquía fue desplazada en 1919 del poder político directo, el cual nunca recuperaría plenamente, y con ella desapareció el modelo institucional desde el cual plantearon la realización de su programa de reformas juveniles. El Perú que habían creado y delimitado ya no existía. De esto sólo toman plena conciencia a su regreso en 1930. Su camino hacia su retractación de errores de 1932 y de simpatía hacia el fascismo italiano encontró entonces su último impulso.

En el caso de Francisco García Calderón, su lejanía del país, por razones válidas desde cualquier punto de vista, sólo dejaron en él la imagen nostálgica de un Perú al que sólo volvería para morir. En un reciente libro, Osmar Gonzales muestra cómo el mismo García Calderón reconoce, en pleno primer gobierno de Leguía, que su

<sup>11</sup> Carta de Francisco García Calderón a Riva Agüero (París, 15 de mayo de 1909), citado en Osmar Gonzales, *Riva Agüero en sus cartas*, Ed. El Laberinto, Lima, 1996. p. 10.



## SOBRE LA INTELLECTUALIDAD PERUANA

«previsión sociológica está en plena bancarrota»<sup>11</sup>. Caso diferente, siempre, el de Víctor Andrés Belaunde. Para él, el problema no era Leguía sino el leguísmo, que estudia en *La realidad nacional*, tema sobre el cual critica a Mariátegui por no haberlo tratado. A pesar de haber avanzado en este punto con respecto a Riva Agüero, Belaunde persistió en su planteamiento de impulsar un programa de reformas desde el Estado, el cual también fracasaría en 1932, al entrar el Perú en una abierta guerra civil<sup>12</sup>.

Resumiendo, queremos sostener que el fracaso político de los arielistas no fue posterior a 1932, al descubrir un país diferente, y su falta de vigencia no ha sido producida por culpa del aprismo y el comunismo, pues esto ya se había producido en 1919 y las conversiones posteriores eran producto de este fracaso.

## SOBRE VETOS Y SILENCIOS

La existencia del «veto» impuesto a los arielistas ha sido el caballito de batalla de la primera generación de sus discípulos para explicar su falta de presencia intelectual y política. Punto de vista que en la reciente reivindicación y elaboración de nuevos estudios ha sido asumido con diferentes grados. Por ejemplo, Carlos Franco y Hugo Neira, luego de sostener que el nacimiento de la «omisión» y el «prejuicio» impuestos sobre los arielistas fue en gran parte provocado por ellos, debido a un desplazamiento del centro de interés de los intelectuales que ellos no hicieron, señalan la actitud política e ideológica de la generación del centenario.

<sup>12</sup> En ese sentido, para difundir sus planteamientos, publicó *Meditaciones peruanas* (1932), recopilando conferencias y artículos entre 1912 y 1918, y *El debate constitucional* (1933), donde recopila sus discursos en la Asamblea Constituyente entre 1931 y 1932.

RICARDO PORTOCARRERO

«A este desplazamiento del centro de intereses se sumaba el desdén con el que los nuevos intelectuales, venidos del sindicato o del aula en huelga, podían tener con los emigrados y los ausentes, los que no habían logrado hacerse escuchar ni en los días en que la distancia con los detentores del poder no era ya abismal. Así, Sánchez polemiza con ellos, Haya los reúne abusivamente con los políticos tradicionales, Mariátegui literalmente, los ignora. Ese silencio dice menos sobre el novecentismo y más sobre la naturaleza misma de las doctrinas sociales de los veinte y los treinta. Estas necesitaban nacer y no deber nada a nadie. No son las ideologías operaciones racionales, sino míticas, emocionales, fundadoras. La historia es o debe parecer una página en blanco»<sup>13</sup>.

Dicha opinión (extrema y exagerada desde mi punto de vista) es asumida ambiguamente por Gonzales, quien señala que, luego de la prometedora aparición en la escena oficial de los arielistas, éstos «son bloqueados por la irrupción violenta de los centenaristas, por Leguía y por la valla que representó la propia oligarquía». Sin embargo, más adelante señalará que no se trataría de un veto, sino que el proyecto arielista «carecía de un sujeto social que lo asumiera», ya que la oligarquía «era incapaz de recoger como propio el programa que los intelectuales (a quienes despreciaba) le presentaban»<sup>14</sup>. Estas dos afirmaciones son hasta cierto punto contrapuestas, no complementarias. En lo que sí coinciden es en ubicar en la década del 20 los años de exilio de los arielistas y de emergencia de los centenaristas, el momento en que se produce la crítica que llevaría al rechazo de los aportes de Riva Agüero, Belaunde y los hermanos García Calderón. Esto se fundamenta especialmente con los escritos de José Carlos

<sup>13</sup> Carlos Franco y Hugo Neira, *El problema de las élites y el pensamiento. Los novecentistas peruanos, 1895-1930*, AIETI, Sevilla, 1986.

<sup>14</sup> *Op. cit.*, p. 9.

## SOBRE LA INTELLECTUALIDAD PERUANA

Mariátegui y de Luis Alberto Sánchez. Sin embargo, no se ha realizado hasta ahora un estudio sobre dicho proceso, ya que no se ha pasado de afirmaciones generales. Como no es éste el lugar para hacerlo, ya que se requiere de un estudio más extenso, tan sólo quisiera dar un par de alcances.

Con respecto al caso de Sánchez -como de otros centenaristas (Jorge Guillermo Leguía, Raúl Porras o César A. Ugarte)-, durante la década del 20 colaboró con los arielistas a través del *Mercurio Peruano*, aun después de la ruptura que dio origen a *La nueva revista peruana*<sup>15</sup>. Su ruptura vendría después, como Gonzales ha demostrado<sup>16</sup>. Su célebre *Balance y liquidación del 900* data de 1935, al calor de la polarización política de la década del 30. El contexto es obviamente otro, que corresponde también al período más conservador y reaccionario de Riva Agüero, personaje central de dichas críticas.

En el caso de Mariátegui, que es más complejo, creo que Gonzales tiene algunas informaciones que muestran importantes descuidos de enfoque. Gonzales dice que Mariátegui enjuició políticamente a los arielistas «desde el análisis de la literatura como pretexto»<sup>17</sup> y que cometió evidentes «extremismos» que se explican por el desconocimiento que Mariátegui tenía de la más reciente producción de los arielistas<sup>18</sup>. Como veremos más adelante<sup>19</sup>, esto no es así.

Quizás habría que recordar que Mariátegui sufrió un similar proceso histórico-intelectual durante las décadas del 30 y el 40. Por un lado, la tergiversación por parte de

<sup>15</sup> César Pacheco Vélez, «Historia y crónica del tercer *Mercurio Peruano*», *Mercurio Peruano* (Índice 1918-1978), No 496-500, Lima, junio de 1978 - octubre de 1988, pp. 39-42.

<sup>16</sup> «El parricidio de un centenarista», en *Riva Agüero en sus cartas*, Ed. El Laberinto, Lima, 1996. pp. 27-52.

<sup>17</sup> *Op. cit.*, p. 8.

<sup>18</sup> *Ibid.*

<sup>19</sup> Ver más adelante el punto sobre Riva Agüero y Mariátegui.

RICARDO PORTOCARRERO

aquellos que se reclamaban sus discípulos políticos e ideológicos dentro del Partido Comunista, donde es conocida la lucha impulsada por Eudosio Ravines contra el denominado «mariateguismo» y el invento de diversos «mariateguismos» que surgieron después de su expulsión del PC en 1942; por otro lado, el silencio oficial, especialmente bajo las dictaduras de turno, en las que leer o poseer los *Siete ensayos* era un delito contra el Estado. Vaste recordar el acuerdo del Congreso Constituyente de 1931, en su sesión del 15 de enero de 1932<sup>20</sup>, donde Sánchez presentó una moción aprista para la educación y mantenimiento de los hijos de JCM y la publicación de sus «obras inéditas». En la misma sesión, Víctor Andrés Belaunde había presentado una moción similar que sólo abarcaba el primer aspecto. Al momento de sustentar su moción, Beláunde dijo:

«Distanciado del gran escritor socialista por razones ideológicas, sin embargo puedo decir que he estado en perfecto acuerdo con él en la visión de los grandes problemas nacionales. Yo soy el primer admirador de Mariátegui. No importa que él haya sido marxista, y marxista materialista, como él se proclamaba, y que yo sea un católico espiritualista como lo son todos los católicos, pero lo cierto es que Mariátegui ha representado una contribución altísima al estudio de los grandes problemas nacionales y que representa algo más, señores representantes: Mariátegui ha sido un ejemplo vivo del heroísmo intelectual. En ese sentido, yo lo admiro tanto como en el sentido de visión de los grandes problemas nacionales. Por eso considero que la gloria de Mariátegui y la remuneración que debemos a sus hijos es cumplimiento de un deber de estricta justicia para con

<sup>20</sup> Víctor Andrés Belaunde, *El debate constitucional* (Obras completas), tomo IV, Lima, 1987, pp. 361-365.



## SOBRE LA INTELLECTUALIDAD PERUANA

ellos, es un asunto que no pertenece a ningún partido y que debe aprobarlo por una unanimidad la Asamblea Nacional»<sup>21</sup>.

La moción sería aprobada por unanimidad, pero ninguna de las dos propuestas (manutención de sus hijos y publicación de sus obras) se cumplieron. En febrero del mismo año, los parlamentarios apristas serían expulsados del Congreso por el gobierno de Sánchez Cerro y, en acto de solidaridad que lo enaltece, Belaunde partiría a un nuevo autoexilio. ¿Acaso no es éste un «veto» contra la obra de Mariátegui? La divulgación masiva de la obra de Mariátegui no fue realizada por ningún gobierno, sino como consecuencia del amor que le profesaban su viuda y sus hijos.

## SOBRE DISCÍPULOS Y DIVULGADORES

En realidad, la acusación de la existencia de un «veto» impuesto sobre la generación arielista es más resultado de transferir los sentimientos de culpa para tranquilizar la mala conciencia de sus discípulos, ya que éstos han sido los principales responsables de la imagen que de los arielistas tenemos. Esto es sostenido acertadamente, con su característica moderación, por Gonzales.

«Posteriormente, la generación arielista pasó a ser una preocupación exclusivamente para aquellos que se reclamaban sus herederos ideológicos, quienes incluso fungieron como difusores de su pensamiento más conservador, utilizando como medio privilegiado la educación oficial. Destaca entre ellos el historiador César Pacheco Vélez, quien fuera secretario personal de

<sup>21</sup> *Op. cit.*, pp. 262-263.

RICARDO PORTOCARRERO

Belaunde. Los valores priorizados para su exaltación terminaron siendo el hispanismo, el catolicismo conservador, su férrea defensa del orden, los aspectos más idealistas de su pensamiento, a la vez que se pretende presentar como a intelectuales que ya habrían previsto todos los problemas nacionales y prescrito todas las soluciones»<sup>22</sup>.

Es decir, sus discípulos se encargaron de difundir e imponer las tendencias más reaccionarias de la generación arielista, de presentarla como un todo intelectual y políticamente homogéneo. La reciente generación de discípulos, a partir del mito del «veto» lanzaron una ofensiva conservadora que buscaba recrear la imagen de los arielistas centrándose en la figura de Víctor Andrés Belaunde, más moderado dentro de las tendencias conservadoras y el que en mayor grado contribuyó al debate de la realidad nacional y a la elaboración de un proyecto nacional alternativo a las propuestas radicales. En el caso de la actual generación, el redescubrimiento y el reimpulso vino desde la Universidad Católica: Domingo García Belaunde, Pedro Planas y Fernando Iwasaki.

Con esto no estamos sosteniendo que la lucha política contra apristas y comunistas no contribuyó a la formulación y consolidación de una determinada imagen de los arielistas, lo que sostenemos es que su falta de vigencia es, en gran parte, resultado de varios factores que están relacionados a los mismos arielistas y a sus discípulos. Claro que en cada caso particular hubo actitudes diferentes.

En primer lugar, sus posiciones y compromisos políticos con los sectores oligárquicos más tradicionales, lo cual se expresó, por ejemplo, con diferentes grados, en su participación en gobiernos dictatoriales como el de Sánchez Cerro o Benavides, lo que los ubicaba política-

<sup>22</sup> *Los sanchos fracasados*, p. 8.

## SOBRE LA INTELLECTUALIDAD PERUANA

mente en el bando opuesto de apristas y comunistas. Caso totalmente contrario al de Riva Agüero sería el de José Gálvez, quien colaboró con la junta de gobierno de Samanez Ocampo y fue presidente del Senado en dos períodos de efervecencia democrática. Nos referimos al gobierno del Frente Democrático Nacional de Bustamante y Rivero y al segundo gobierno de Manuel Prado, luego de la victoria de los aliados sobre el fascismo. Cabe recordar que Riva Agüero llamó alguna vez a José Gálvez «mi izquierdizante amigo», «mi amigo predilecto y ejemplar por encima de todas las divergencias ideológicas»<sup>23</sup>.

En segundo lugar, la actitud con respecto a sus obras juveniles. Riva Agüero durante años las revisó para limarlas de todo expresión que no estuviera acorde con sus ideas políticas reaccionarias posteriores. No volvió a publicar ninguna obra que tuviera las mismas ambiciones intelectuales de sus tesis universitarias, a pesar de contar con los recursos económicos necesarios. Sólo una voluminosa recopilación en dos volúmenes<sup>24</sup> que en gran parte fue regalada a sus amigos y colaboradores más cercanos. No escribía, pues, para el gran público. Francisco García Calderón no sólo no reeditó obra alguna, sino que además nunca las tradujo del francés. Sus discípulos lo imitaron. Víctor Andrés Belaunde también publicó un libro recopilatorio de lo que consideraba sus mejores trabajos de juventud, el ya citado *Meditaciones*

<sup>23</sup> «Así le dedica Riva Agüero a José Gálvez el segundo tomo de sus *Opúsculos* (Lima, 1938). La dedicatoria escrita por Riva Agüero se publicó en el No IV de *Documenta*, dentro del plan integral de la *Bio-bibliografía del historiador*» (César Pacheco Vélez, «Menéndez Pelayo y Riva Agüero. A propósito de su epistolario», en *Boletín del Instituto Riva Agüero*, No 3, Lima, 1956-1957, pp. 32-33, nota 49).

<sup>24</sup> José de la Riva Agüero, *Por la verdad, la tradición y la patria. Opúsculos*, tomo I (1937), tomo II (1938), Imprenta López Aguirre, Lima. Nuestro ejemplar del primer tomo tiene dedicatoria autógrafa: «Al Sr. D. Víctor E. Krebs, en testimonio de muy sincero aprecio y amistad. J[osé] de la Riva-Agüero».

RICARDO PORTOCARRERO

peruanas. José Gálvez continuaría en la vida política nacional publicando y difundiendo la imagen mitificada y pasadista de una Lima que nunca fue<sup>25</sup>. En general, ni los arielistas ni sus discípulos realizaron ediciones recopilatorias y de amplia difusión de sus obras juveniles, que hoy son reivindicadas, con toda razón, como lo más significativo de su producción intelectual.

A todo lo anterior habría que preguntarse: ¿cómo podría haber un «veto» contra los que tuvieron el predominio intelectual e ideológico por más de veinte años? Dicho predominio estaba formalizado principalmente a través de la enseñanza oficial y de instituciones políticas, religiosas y culturales como la Universidad Católica. Dicho predominio sería puesto en cuestión con el surgimiento de los partidos denominados del reformismo democrático (Acción Popular, la Democracia Cristiana, el Social Progresista) y de la llamada Generación del 50, que imprimieron a la vida política e intelectual vientos de modernización y de aspiraciones democráticas<sup>26</sup>.

Sin embargo, la actitud de divulgación de sus discípulos contrasta con la actitud oficial. Las conmemoraciones por el centenario de los arielistas se desarrollaron de manera irregular y deslucida, comparadas con la celebración del centenario de José Carlos Mariátegui y, en menor grado, de Víctor Raúl Haya de la Torre. Veamos, por ejemplo, un rápido balance de la publicación de sus obras, principal medio de divulgación de un autor. En el caso de Francisco García Calderón, en el Perú sólo se

<sup>25</sup> Para un comentario de Mariátegui, véase «Pasadismo y futurismo», en *Mundial*, Lima, 28 de noviembre de 1924 (recopilado en *Peruanicemos el Perú*. Dice, por ejemplo: «La Lima que se va no tiene ningún valor serio, ningún perfume poético, aunque Gálvez se esfuerce por demostrarnos, elocuentemente, lo contrario. Lo lamentable no es que esa Lima se vaya, sino que no se haya ido más de prisa».

<sup>26</sup> Es interesante señalar también que en esos años se inicia la difusión masiva de las denominadas «obras completas» de José Carlos Mariátegui.



## SOBRE LA INTELLECTUALIDAD PERUANA

han realizado dos obras de divulgación: una selección de escritos en 1954<sup>27</sup> y la primera edición en español de *El Perú contemporáneo*, realizada por Sánchez, es decir, un centenarista, en 1981<sup>28</sup>. Asimismo, salvo las múltiples ediciones de *La venganza del cóndor*, sería nuevamente Sánchez quien editaría una selección de las obras literarias de Ventura García Calderón<sup>29</sup>. En cuanto a José Gálvez, en 1985 se realizó una edición de sus *Obras completas* que destaca por la falta de presentación, de un estudio preliminar, de notas críticas o editoriales<sup>30</sup>. En cuanto a Víctor Andrés Belaunde, quizá el más homenajeadado, ya que sus obras cuentan con más ediciones, en 1987 se publicaron los primeros cinco volúmenes de sus obras completas gracias a un acuerdo parlamentario que conformó la comisión respectiva. Finalmente, en el caso de Riva Agüero, el primer volumen de sus obras completas aparecería recién en 1962, 18 años después de su muerte. Dicho proyecto editorial, que se prolongó hasta 1975 con un total de 11 volúmenes, fue realizado por la Universidad Católica, beneficiaria de sus bienes. Proyecto retomado en 1990 con una selección de cartas provenientes del Archivo del Instituto Riva Agüero<sup>31</sup> y, más adelante, con la aparición de los dos primeros volúmenes de su epistolario completo<sup>32</sup>. Como puede verse, la tarea de sus herederos de difundir su obra es bastante tardía, salvo una antología editada en 1960<sup>33</sup>. ¿Podemos seguir sosteniendo la

<sup>27</sup> *En torno al Perú y América* (Páginas escogidas), Juan Mejía Baca y P.L. Villanueva Editores, Lima, 1954 (con un ensayo preliminar de Jorge Basadre).

<sup>28</sup> *El Perú contemporáneo*, Banco Internacional, Lima, 1981.

<sup>29</sup> Ediciones Edubanco, Lima, 1986.

<sup>30</sup> Okura Editores, Lima, 1985 (4 tomos).

<sup>31</sup> José de la Riva Agüero, *Cien cartas*, IRA, Lima, 1990 (selección de César Gutiérrez y Juan Carlos Estenssoro).

<sup>32</sup> *Correspondiente a las letras A y B*, Lima, 1995-1996.

<sup>33</sup> *Afirmación del Perú*, Publicaciones del Instituto Riva Agüero, Lima, 1960 (2 tomos).

RICARDO PORTOCARRERO

existencia de un «veto» generacional u oficial contra los arielistas?

SOBRE LAS RELACIONES ENTRE GENERACIONES

Es característico en estudios sobre intelectuales y generaciones el tratarlos no sólo fuera de su contexto histórico sino, además, poco relacionados con sus contemporáneos. Estos son citados de manera tangencial para ilustrar tal o cual posición intelectual o tal o cual hecho de sus biografías.

Para el caso del período que nos interesa (1895-1930), viven y se relacionan intelectuales de tres generaciones: la primera, de Palma y González Prada; la segunda, de Riva Agüero y los arielistas; y la tercera, de Mariátegui y los centenaristas. Para el caso particular de este período, el análisis de estas relaciones es de suma importancia, ya que en términos genéricos se las presenta contrapuestas. Sin embargo, ya hemos citado los casos de los centenaristas que mantuvieron relaciones cordiales con miembros de la generación arielista si no siempre, sí al menos bastante duraderas.

Parte de esas discrepancias tiene que ver con la conflictiva relación entre Palma y González Prada, y de las percepciones de ambas generaciones al respecto. Sus más connotados representantes realizaron un acercamiento a estos personajes y se constituyeron en referentes para sustentar sus discrepancias literarias y políticas. Insistiré en los casos de Riva Agüero y Mariátegui para ejemplificar a arielistas y centenaristas. En su *Carácter de la literatura*, Riva Agüero, aunque nominalmente rescata a ambos autores, hace clara su opción por Palma, ya que le permite sustentar su posición respecto a que la literatura del Perú independiente es una fracción de la literatura española. En ese sentido, encuentra en la visión de la Colonia que se puede desprender de las *Tradiciones peruanas* la forma

## SOBRE LA INTELLECTUALIDAD PERUANA

más acabada de una literatura nacional como expresión de la hispánica. Dice, por ejemplo:

«Ricardo Palma nos entretiene y divierte; nos deleita con sabrosas anécdotas; evoca donosamente, con mohín risueño y picaresco, los recuerdos de la bulliciosa Conquista, ó nos hace sentir el encanto, la tibia atmósfera de la Colonia arcádica y patriarcal»<sup>34</sup>.

Con respecto a González Prada, en cambio, aunque reconoce sus cualidades de ensayista, no comparte su afrancesamiento, sus propuestas de reforma gramatical y critica su radicalismo, el cual considera pernicioso para el país.

«Bien quisiera separar la causa de González Prada, que es simpático por su talento y respetable por su carácter, de la de los radicales, que no han revelado calidad alguna; pero la verdad, la triste verdad es que los ha animado en sus campañas, que les dio un tiempo el apoyo de su nombre, que ha sido para ellos el maestro universalmente reconocido, y que ha estampado en *Páginas libres* frases subversivas, anárquicas, excitaciones al desorden y a la revolución social»<sup>35</sup>.

Más adelante añadirá:

«Los escritos de González Prada se han convertido para una parte de la juventud, sin pretenderlo él ni procurarlo, sin medir tal vez el alcance de sus palabras, en aguijón de las malas pasiones, de la envidia, del despecho, del amor a la rebelión y al trastorno, de la rabia comprimida, de la vanidad impotente que hierve de continuo en ciertas

<sup>34</sup> José de la Riva Agüero, *Op. cit.*, pp. 191-192.

<sup>35</sup> *Idem*, p. 211.

RICARDO PORTOCARRERO

capas de nuestra sociedad; en despertadores de los más desordenados apetitos; en tea que deslumbra e incendia las pobres inteligencias de incautos provincianos»<sup>36</sup>.

En cuanto a Mariátegui, éste rescata el carácter festivo y no estrictamente histórico de las *Tradiciones* de Palma. Para Mariátegui -y en ello está de acuerdo con Haya de la Torre-, Palma intenta, más que retratar una época o realizar una melancólica remembranza de los tiempos coloniales:

«Interpretar al medio pelo. Su burla roe risueñamente el prestigio del virreinato y el de la aristocracia. Traduce el mal contento zumbón del *demos* criollo. La sátira de las *Tradiciones* no cala muy hondo ni golpea muy fuerte; pero, precisamente por eso, se identifica con el humor de un *demos* blando, sensual y azucarado»<sup>37</sup>.

En cuanto a González Prada dirá:

«Muerto Prada, la gente que no ha podido por estos medios socavar su ascendiente ni su ejemplo ha cambiado de táctica. Ha tratado de deformar y disminuir su figura, ofreciéndole sus elogios comprometedores. Se ha propagado la moda de decirse herederos y discípulos de Prada. La figura de González Prada ha corrido el peligro de resultar una figura oficial, académica. Afortunadamente la nueva generación ha sabido insurgir oportunamente contra este intento. Los jóvenes distinguen lo que en la obra de González Prada hay de contingente y temporal de lo que hay de perenne y eterno. Saben que no es la letra sino el espíritu lo que en Prada representa un valor duradero. Los falsos gonzález-pradistas repiten la letra; los verdaderos repiten el espíritu»<sup>38</sup>.

<sup>36</sup> *Idem*, p. 212.

<sup>37</sup> José Carlos Mariátegui, *Op. cit.*, p. 248.



## SOBRE LA INTELLECTUALIDAD PERUANA

En el contraste, la polémica implícita está presente.

### SOBRE RIVA-AGÜERO Y MARIÁTEGUI

En un artículo necrológico dedicado a Riva Agüero, Jorge Basadre señaló la hipótesis de la existencia de dos Riva Agüero, el joven y el maduro, que encuentra su momento de tránsito en su viaje a Europa en 1919, luego del golpe de Leguía<sup>39</sup>. Con ello, Basadre quería rescatar, frente a los seguidores de Riva Agüero, los años más críticos, creativos y productivos del célebre historiador. Los homenajes recibidos en su entierro hicieron énfasis en sus años de actividad intelectual y política vinculados al hispanismo más exacerbado, al catolicismo más tradicional y al fascismo ultramontano. Es curiosa esta hipótesis de Basadre, ya que guarda una tremenda similitud con la de Mariátegui, quien se adhirió al marxismo en Europa. ¿Tuvo Riva Agüero una «edad de piedra»? ¿Extrapoló Basadre a Mariátegui en Riva Agüero? Es posible. Sin embargo, esta idea ha motivado el argumento más importante para la reivindicación de Riva Agüero y de los arielistas en general por los investigadores que, como Gonzales, provienen de una tradición política distinta<sup>40</sup>.

Y es que los que se adhieren a la tradición política de Riva Agüero no aceptan esta distinción, más bien enfatizan que las características más saltantes del Riva Agüero joven (aristocraticismo, catolicismo, crítica del

<sup>38</sup> *Op. cit.*, p. 258.

<sup>39</sup> Jorge Basadre, «Riva Agüero», en *Historia*, No 8, Lima, octubre-diciembre de 1944.

<sup>40</sup> Esta hipótesis no es aceptada por los jóvenes investigadores del Instituto Riva Agüero. En una reciente conferencia que se realizó a principios de año rechazaron tal idea y sustentaron un Riva Agüero que, en términos generales, había «madurado más que cambiado», para usar otra figura de Mariátegui.

RICARDO PORTOCARRERO

radicalismo, distanciamiento de lo popular, entre otras) se encuentran en el Riva Agüero maduro. Eso es algo en lo que estamos de acuerdo. Sin embargo, hay que reconocer que eso no resuelve el problema de contar con una comprensión cabal de su evolución ideológica, intelectual y política, y de la necesidad de estudiarlo integralmente. Eso es lo que nadie ha hecho hasta el momento.

Ahora es importante recalcar que la polémica entre Riva Agüero y Mariátegui tenía antigua data, y que ésta no era de carácter personal sino intelectual-político-generacional. En 1916 se produjo un debate sobre el modernismo entre los arielistas (representados por Ventura García Calderón) y el grupo Colónida (representado por Federico More) que tuvo como detonante las afirmaciones de menosprecio por las expresiones del modernismo literario de los peruanos y por la falta de valoración de las obras de escritores que, como Abraham Valdelomar o José María Eguren, habían comenzado a renovar la literatura nacional. No vamos a reseñar los términos del debate<sup>41</sup>, pero sí señalar que en este contexto se produce la famosa crítica de Mariátegui al discurso de Riva Agüero sobre el Inca Garcilaso. Dichas críticas estuvieron dirigidas contra las tesis literarias de Riva Agüero, no contra su estudio sobre el Inca Garcilaso. El marco literario del análisis de la obra del Inca Garcilaso se basaba en las ideas planteadas en su *Carácter*, donde el carácter nacional de la literatura estaba determinado por el idioma en el cual se expresa. En ese sentido, la literatura peruana era expresión regional de la literatura española y debía regirse gramaticalmente por ella. Riva Agüero defendía así el casticismo de la escuela clásica española bajo cuyos parámetros estaba redactado su famoso discurso. Cabe recordar que Riva

<sup>41</sup> Para un análisis de dicho debate, véase Carlos Arroyo, *El incaísmo peruano. El caso de Augusto Aguirre Morales* (Cap. II, «Tiempos de revuelta literaria»), Mosca Azul Editores, Lima, 1995, pp. 25-38.

## SOBRE LA INTELLECTUALIDAD PERUANA

Agüero señaló también en su tesis universitaria que una literatura con motivos americanistas sería una literatura exotista, pero no nacional. Con dichas tesis discrepaban los *colónidas*, ya que ellos reivindicaban una literatura nacional con temáticas y estilos propios, aunque influenciados por representantes de la literatura francesa e italiana. Asimismo, estaban a la búsqueda de un nuevo lenguaje que rompiera con las rigideces de la gramática formal, que, dicho sea de paso, no estaban claramente definidas, como lo demuestran los diversos textos de gramática española que se usaban entonces en la enseñanza escolar. Esto era también expresión del debate que sobre lo nacional se canalizaba a través de la literatura<sup>42</sup>.

Las críticas de Mariátegui al discurso de Riva Agüero fueron sólo la excusa para poder terciar en este debate que tenía en Riva Agüero al principal representante de los arielistas. Pero este no es el caso de sus críticas en los *Siete ensayos*. En ese sentido, las críticas de Mariátegui a los arielistas no son apresuradas ni gratuitas. Tal vez exageradas, pero no lo uno ni lo otro. Cuando Mariátegui señala que los arielistas son «representantes de una casta feudal» no lo hace en el sentido socio-económico, sino más bien político-cultural.

Mariátegui no realiza un análisis académico, está preocupado por las consecuencias políticas de los planteamientos literarios y desde esa perspectiva analiza la obra de poetas y escritores, si éstas influyen de alguna manera en la formación de una literatura nacional y en

<sup>42</sup> Recordemos que Manuel González Prada planteó una propuesta de reforma gramatical. En su «Advertencia» a la primera edición de *Páginas libres* (Tipografía de Paul Dupont, París, 1894, p. 269) señaló: «Las modificaciones ortográficas que parecerán atrevimientos a los defensores del *status quo* en la lengua, timideces a los partidarios de las reformas violentas y radicales». El debate gramatical no era, pues, una exquisitez de Mariátegui y los *colónidas*.

RICARDO PORTOCARRERO

una determinada visión del Perú. Cuando Mariátegui habla sobre el hispanismo y el civilismo de Riva Agüero no estaba muy lejos, ya que vislumbró la radicalización de su conservadurismo. Desde ese punto de vista, el ensayo sobre el proceso de la literatura es el más político de todos los que componen la obra fundamental de Mariátegui, como ha sido reconocido por diversos autores<sup>43</sup>. Que esta perspectiva era utilizada por Mariátegui se muestra en la siguiente cita al hablar de González Prada:

«Como lo denunció González Prada, toda actitud literaria, consciente o inconscientemente, refleja un sentimiento y un interés políticos. La literatura no es independiente de las demás categorías de la historia. ¿Quién negará, por ejemplo, el fondo político del concepto, en apariencia exclusivamente literario, que define a González Prada como el «menos peruano de nuestros literatos»? Negar peruanismo a su personalidad no es sino un modo de negar validez en el Perú a su protesta. Es un recurso simulado para descalificar y desvalorizar su rebeldía»<sup>44</sup>.

Esta perspectiva se ve, por ejemplo, cuando se revisa el caso de la obra de Mariano Melgar, tanto en la obra de Riva Agüero como en Mariátegui. Riva Agüero caracteriza la obra de Melgar, al introducir elementos indígenas en su poesía, como un momento «curioso» de nuestra literatura. Para Mariátegui, Melgar representa una ruptura con la tradición literaria española, teniendo más bien el carácter precursor de una literatura nacional<sup>45</sup>. Es sintomático que

<sup>43</sup> Véase VV. AA., *Mariátegui y la literatura*, Ed. Amauta, Lima, 1980. También los diversos ensayos de Alberto Flores Galindo sobre el tema.

<sup>44</sup> *Siete ensayos*, pp. 257-258. La referencia es a Ventura García Calderón.

<sup>45</sup> Recordemos que Riva Agüero señaló que la utilización de temas americanos en la literatura sería exotismo, pero no una literatura nacional. Este criterio puede verse en el libro de Ventura García Calderón, *La venganza del cóndor*, en sus diversas ediciones.



## SOBRE LA INTELLECTUALIDAD PERUANA

años después de la publicación de *Siete ensayos*, Riva Agüero suprimió las amplias citas de los yaravíes de Melgar para la nueva edición de su *Carácter*.

Acerca de la opinión de Riva Agüero sobre la obra intelectual de Mariátegui no hay referencias precisas. Riva Agüero jamás respondió a las críticas de Mariátegui, ni en 1916 ni en 1928. Contrariamente a lo señalado por Sánchez<sup>46</sup> -y que Gonzales repite acríticamente sin constatarlo<sup>47</sup>-, Riva Agüero no escribió una réplica a las críticas gramaticales de Mariátegui, de ello se encargó José María de la Jara y Ureta<sup>48</sup>. Sólo existen, hasta el momento, dos referencias conocidas de Riva Agüero sobre Mariátegui. La primera es una carta que éste le escribe a Víctor Andrés Belaunde en 1932 y que, entre otras cosas, dice lo siguiente:

«(...) y el miserable Mariátegui, a quien con tu refutación de terciopelo hiciste tan desmedido honor, vivía en Europa de una subvención de Leguía, después de haber robado con Falcón 20,000 soles de Aspíllaga y haber cerrado su periódico en beneficio de la candidatura leguista. Hasta

<sup>46</sup> «La crítica de Mariátegui fue fundamentalmente lingüística. Uno de sus cargos era reprochar a Riva Agüero el uso de ciertos giros como «más principal», que Riva Agüero refutó triunfalmente con numerosas citas de autores españoles» (Luis Alberto Sánchez, *Conservador, no; reaccionario, sí*, Mosca Azul Editores, Lima, 1985. p. 38).

<sup>47</sup> «Mariátegui enfila contra el discurso no en el plano histórico, en el que no estaba preparado, pero sí en el gramatical, en el que tampoco era un erudito. Riva Agüero fue demoledor en su respuesta, abundando en citas de autores clásicos y demostrando que era perfecto el uso del castellano que exhibía» (*Los sanchos fracasados*, p. 110).

<sup>48</sup> «Contra Riva Agüero. Estupendas censuras al elogio universitario del Inca Garcilaso», por ABC, en *El Comercio*, Lima, 5 de mayo de 1916, edición de la mañana, pp. 4-5. Manuel Miguel del Priego buscó infructuosamente la réplica señalada por Sánchez, llegando a la convicción de que ésta no existió y que Sánchez había sido traicionado, una vez más, por su memoria. La referencia al artículo de De la Jara, que tenemos transcrita y nos demuestra que es a este texto al que se refería Sánchez, la obtuvimos de Guillermo Rouillón, *Bio-bibliografía de José Carlos Mariátegui*, UNMSM, Lima, 1963 (ficha 1,727, p. 181).

RICARDO PORTOCARRERO

sus últimos años en Lima, el excelso José Carlos Mariátegui recibía dinero de la dictadura por medio de Lorente, mientras que a nosotros los futuristas nos acusaban de fuga, porque en su infamia de bastardo habría deseado vernos neciamente sujetos e inermes ante los ultrajes de aquella engreída canalla»<sup>49</sup>.

La segunda son las referencias con motivo del 25 aniversario del *Mercurio Peruano*:

«Prueba aún más cumplida del hondo tradicionalismo preponderante en el *Mercurio* son las magnánimas refutaciones de Belaunde a sus sofísticos, inexactos e hiperbólicamente ensalzados *Siete ensayos* de José Carlos Mariátegui. En esta confutación tan cortés y mesurada, que deshace todas las soflamas del corifeo marxista, no disiento de Belaunde sino en lo relativo al cogobierno de los estudiantes universitarios, incauta concesión en verdad, sistema anarquizador y caótico, según lo demostró muy luego nefasta y decisiva experiencia; en el yerro de considerar feudalismo político al régimen de las encomiendas coloniales (a pesar de cuanto en el siglo XVII Solórzano y en el presente el muy juicioso y agudo diplomático D. Arturo García Salazar habían explicado muy bien antes que yo y tuvo en substancia que aceptarlo al fin Basadre); y más que todo, en el excesivo aprecio y desproporcionadas alabanzas caritativas, malbaratadas con el sedicioso autor rebatido, simple vulgarizador alharaquiento de Marx, y periodista reporteril, indocumentado y sectario. Belaunde incurre a menudo en la culpa de extremar la benevolencia y la lenidad.

<sup>49</sup> Carta de José de la Riva Agüero a Víctor Andrés Belaunde, Lima, 5 de mayo de 1932. Cita originalmente aparecida en *Los sanchos fracasados*. La carta ha sido publicada en el segundo tomo del epistolario de Riva Agüero editado por la Universidad Católica. Véase *Obras completas*, tomo XIII, «Epistolario», letra B, PUCP, Lima, 1996.

## SOBRE LA INTELLECTUALIDAD PERUANA

Este defecto nacional, no contrarrestado desde los comienzos por tan amplio y condescendiente director, produjo en el *Mercurio* alguna indecisión e indeterminación de rumbos»<sup>50-51</sup>.

En estas referencias podemos encontrar algunos elementos interesantes. En primer lugar, en ambas Riva Agüero no hace un reproche a Víctor Andrés Belaunde por haber comentado las tesis de Mariátegui, sino por la forma en que lo hizo. Escritas con una diferencia de 11 años, parece ser que Riva Agüero no se lo perdonó nunca. Recordemos aquí nuevamente la distancia ideológica que separaba a Riva Agüero de José Gálvez para insistir en la diversidad de actitudes intelectuales y políticas al interior de la generación arielista. En segundo lugar, su acusación de proleguismo y del robo de dinero a Antenor Aspíllaga, con el cual se habría editado el diario *La Razón*. Esta era una referencia importante para Riva Agüero, ya que unía de esta manera a dos personajes motivo de sus odios: Leguía y Mariátegui. Dicha acusación se basa en una insinuación realizada por el diario *La Crónica*, dirigido por el leguista Clemente Palma, en enero de 1919, donde se señalaba que el diario que Falcón y Mariátegui pensaban editar luego de su salida de el diario *El Tiempo* sería financiado por Aspíllaga para apoyar su candidatura<sup>52</sup>. Este

<sup>50</sup> Cfr. *Mercurio Peruano*, año IX, Nos. 113-114, Lima, 1927. Dedicado a la revolución bolchevique, que motivó el cambio del comité de redacción y la fundación de la *Nueva Revista Peruana* por un grupo de disidentes.

<sup>51</sup> José de la Riva Agüero, «Los veinticinco años de nuestro *Mercurio*», *Mercurio Peruano*, año XVIII, No. 197, Lima, agosto de 1943, p. 350.

<sup>52</sup> «Se dice que el señor Aspíllaga le ha hecho una revolución graciosísima al director de *El Tiempo* durante el lapso que duró la clausura de ese diario leguista y bolcheviki, revolución que ha consistido en minarle el personal de pluma» («Decires sin comentarios», *La Crónica*, Lima, 24 de enero de 1919, p. 2). El diario *La Razón* apareció entre mayo y agosto de 1919.

RICARDO PORTOCARRERO

diario no sólo no apoyó la candidatura de Aspíllaga, debido a su posición anticivilista, ampliamente conocida entonces, sino que fue clausurado por el gobierno de Leguía por su oposición a su régimen. Al parecer, el verdadero financista habría sido don Isaías de Piérola, hijo del Califa<sup>53</sup>. En tercer lugar, su «infamia de bastardía», haciendo alusión al problema de su origen familiar. Dentro de las preocupaciones aristocráticas de Riva Agüero éste no era un problema tangencial. Mariátegui y él no eran iguales ni equiparables, por lo tanto no había necesidad de refutación. Este es, creo, un ejemplo claro de la matriz colonial y de «encomienda» del hispanismo de Riva Agüero. En cuarto lugar, las únicas referencias intelectuales sobre Mariátegui se refieren a su marxismo, al cual califica de «divulgador alharaquiento de Marx»<sup>54</sup>, y a su formación como periodista, ocupación que ningún miembro de los arielistas ejerció como profesión, siendo ésta más bien característica de los *colónidas*.

Estas «críticas» no son, pues, «académicas» u «objetivas», sino que emergen de los más profundos senti-

<sup>53</sup> Juan Gargurevich, *La razón del joven Mariátegui*, Ed. Horizonte, Lima, 1978 (segunda edición), p.35-40.

<sup>54</sup> Respecto al marxismo habría que citar su discurso de retractación en el colegio La Recoleta el 24 de septiembre de 1932: «Este amor a las ideas me salvó del abyecto materialismo, así en historia como en filosofía. El materialismo histórico, o sea, la concepción unilateralmente económica de la sociedad, tan difundida al presente, siempre me pareció la degenerada visión barbarizante y como la menguada caricatura de la dialéctica histórica del gran sofista Hegel, sol fantástico cuyo ocaso remedaron tantas luciérnagas positivistas, y del cual se tiñen aún los mejores arreboles, Benedetto Croce en Italia y algunas celebridades germánicas de la última temporada. El materialismo filosófico significa evidentemente el más crudo ateísmo. Esta negación brutal y estólida, en la que jamás creí, deja el mundo sin sentido, la vida sin alcance, la moral sin base y la razón sin objeto ni norma de causalidad; de modo tal que constituye el suicidio del conocimiento y del ser, el abismo catastrófico de lo absurdo, en que el pensamiento se niega a sí mismo, al renegar de sus esenciales postulados de la identidad y la contradicción» (*Por la verdad, la tradición y la patria. Opúsculos*, tomo Y, Lima, 1937, p. 375).



## SOBRE LA INTELLECTUALIDAD PERUANA

mientos de odio y rencor. Las críticas de Mariátegui no son «objetivas» tampoco -en el sentido que ya hemos señalado-, pero tenían su centro en una contraposición de ideas y de interpretaciones sobre el Perú. Habría que recordar que Víctor Raúl Haya de la Torre tuvo una actitud similar frente a Mariátegui<sup>55</sup>. Más que crítica de ideas se trataba de ataques personales.

## SOBRE LA RELACIÓN ENTRE INTELLECTUALES, CLASES SOCIALES Y POLÍTICA

Un último punto, por ahora, es el tema de la relación entre intelectuales, clases sociales y política. Creo que el problema fundamental es que hasta ahora nadie se ha planteado seriamente analizar dicha relación. Como señalábamos al principio, la mayoría de los trabajos sobre los intelectuales peruanos se han centrado especialmente en las ideas. Ni siquiera se ha formulado una metodología precisa para una investigación de este tipo. Lo metodológico se ha circunscrito a la filología y a la heurística. Ni hablar de análisis metodológicos desde la perspectiva de la subjetividad, tan en boga en los últimos años.

Una metodología que enfoque este problema debe abarcar aspectos como orígenes sociales dentro de la estructura social de la época, las relaciones de parentesco que les permitían acceder a los diversos niveles del poder (económico, político), sus relaciones y visiones con respecto al régimen existente, las bases materiales de su reproducción vital, las características más saltantes de su

<sup>55</sup> Véanse las cartas de Haya de la Torre a Esteban Pavletich, Eudosio Ravines y César Mendoza en Pedro Planas, *El joven Haya*, Okura Editores, Lima, 1985 (segunda edición); Alberto Flores Galindo, «Un viejo debate: el poder», en *Tiempo de plagas*, El Caballo Rojo Ediciones, Lima, 1988, y Víctor Raúl Haya de la Torre, *El proceso Haya de la Torre* (Obras completas, tomo V), Librería Editorial Juan Mejía Baca, Lima, 1985.

RICARDO PORTOCARRERO

mentalidad social y los rasgos de su personalidad. Esto implica combinar diversas entradas y perspectivas para cada caso particular, ya que una metodología posible dependerá del personaje, la época y las fuentes a las cuales se pueda acceder.

Ello podría realmente responder a problemas como la identificación de Riva Agüero con el civilismo clásico, sus relaciones de parentesco con personajes importantes del régimen civilista, su calidad de propietario, su mentalidad «feudal» y de «encomienda». ¿Ello influyó en sus propuestas juveniles de reforma del régimen civilista sin recurrir a propuestas radicales o movilizándolo a los sectores populares? ¿Por ello es que sus propuestas son dirigidas a los diversos sectores oligárquicos? ¿Cuáles fueron las consecuencias del fracaso de esa apuesta? Diversos autores han dado una respuesta afirmativa, casi obvia. Pero el investigador no debe contentarse con ello, porque lo obvio suele ser engañoso. Más bien, lo obvio es algo de lo cual siempre debemos sospechar.

Un comentario final: Gonzales sostiene que la necesidad de realizar investigaciones acerca de los intelectuales y de la evolución de las ideas políticas en el Perú está en relación a la frustración política recurrente de los intelectuales ante el fracaso de los diversos proyectos políticos que se elaboraron a partir de sus ideas, tesis sostenida por Sinesio López<sup>56</sup>. Dice:

«La frustración de los arielistas no es un caso aislado. Hay en nuestra historia muchos proyectos que quedaron a mitad de camino. Muchos que se iniciaron como inconformes terminaron sus días como arrepentidos. Por ello es que se hace necesaria una revisión de la evolución de las ideas políticas en el Perú y el desarrollo de una

<sup>56</sup> Véase «Intelectuales y políticos en el Perú del siglo XX», en *Pensamiento político peruano, 1930-1968*, Desco, Lima, 1990, pp. 29-43.

## SOBRE LA INTELLECTUALIDAD PERUANA

sociología de intelectuales, preocupaciones que son las que explican la presente investigación»<sup>57</sup>.

No estoy de acuerdo con estas afirmaciones. En primer lugar, porque aún hoy en día es muy difícil diferenciar la esfera de lo intelectual de la de lo político, pese a los grandes esfuerzos de los tecnócratas que monopolizan las tomas de decisiones en los diversos gobiernos neoliberales en América Latina. Durante la República aristocrática existieron numerosos intelectuales en el Parlamento: José Matías Manzanilla, Manuel Vicente Villarán, Mariano H. Cornejo, Abelardo Gamarra, etc., para citar algunos que nunca han sido estudiados. ¿Es realmente conflictiva la relación intelectuales-políticos?

En segundo lugar, ¿cómo analizar aspectos como «fracaso» y «frustración»? ¿A qué proyectos y a qué intelectuales podemos aplicar esta perspectiva? ¿A Bartolomé Herrera o González Vigil, a los demócratas de Piérola o a los liberales de Durán? Esto significa desconocer que la historia no es lineal, que es la confluencia y pugna de diversos proyectos cuya resultante no puede ser definida previamente. La apuesta por un proyecto es uno de los rasgos más saltantes de la historia contemporánea, aunque algunos sostengan que las utopías han muerto.

En tercer lugar, creo que el planteamiento de Sinesio López es una expresión más de la llamada ucronía en las ciencias sociales. La búsqueda de una historia que no fue y que nos hubiera gustado que fuera de otra forma<sup>58</sup>. Me parece sintomático que este planteamiento provenga

<sup>57</sup> *Los sanchos fracasados*, p. 13.

<sup>58</sup> Véase Cecilia Méndez, «Ucronía y frustración en la conciencia histórica peruana», en *Márgenes*, No 2, SUR, Lima, 1987; Guillermo Rochabrún, «Ser historiador en el Perú», en *Márgenes*, No 8, SUR, Lima, 1991; Eduardo Cáceres, *No hay tal lugar. Utopía, ucronía e historia* (mimeo), SUR, Lima, 1996.

RICARDO PORTOCARRERO

de un intelectual que justamente es uno de los que transitaron de la inconformidad al arrepentimiento. ¿No será una inconsciente forma de mitigar los fantasmas del pasado o de tranquilizar la conciencia? Creo que esta preocupación proviene más de los acontecimientos de la última década, que han llevado a la crisis política e ideológica de los proyectos vigentes hasta fines de los ochenta. De allí los sentimientos de fracaso y frustración. Más que a los intelectuales de principios de siglo, estos sentimientos corresponden a muchos intelectuales de hoy.

Tomemos, por ejemplo, el caso de Mario Vargas Llosa, quien fracasó en su intento de establecer sólidas alianzas con los sectores que ahora componen la alianza en el poder, representados hoy por el fujimorismo. Fracasó el escritor, pero no el proyecto neoliberal. La mayoría de la oposición al gobierno de Fujimori no cuestiona el proyecto político en sí, sino a quienes lo encabezan. Los intelectuales han sido marginados del poder y son desoídos. La elaboración del discurso neoliberal del fujimorismo es foránea, acrítica y monocorde, pero es la única que, hasta ahora, ha asumido con éxito el establecimiento de elementos integradores de los diferentes sectores sociales. El mismo discurso neoliberal, pero de Vargas Llosa, fracasó porque los elementos étnicos presentes en su campaña electoral cuestionaban su supuesta intención integradora.

La crisis ideológica actual, que lleva en su interior un proceso de consolidación de tendencias conservadoras y de significativas conversiones, tiene su causa, como ya es común señalar, en la caducidad de las imágenes e interpretaciones del Perú actual. Pero ello no lleva, necesariamente, a la caducidad de las ideologías. En el caso del socialismo, en tanto crítica radical del sistema capitalista, tendrá mayor vigencia cuanto mayor sea nuestra capacidad para renovarla. Los que no se renueven pasarán a engrosar los objetos de estudio de la arqueología intelectual. Por ello insisto en que la perspectiva de análisis



## SOBRE LA INTELLECTUALIDAD PERUANA

en el estudio de los intelectuales debe dejar el plano de las ideas abstractas y pasar a analizarlas en relación con la realidad que les tocó vivir<sup>59</sup>. Creo que la relevancia del estudio de los intelectuales no son sus fracasos y sus frustraciones, sino la comprensión de la relación de éstos con la realidad en la elaboración de interpretaciones sobre el Perú y de proyectos políticos. De ello podremos sacar importantísimas enseñanzas para los que apostamos a la elaboración de un proyecto societal alternativo al neoliberalismo que impera hoy en el mundo. El fracaso o no de estos proyectos ya no depende meramente de las ideas, sino de la acción misma de los actores sociales en los cuales se encarnan. Y eso es lo que llamamos historia.

<sup>59</sup> En otro texto hemos planteado, dejando de lado lugares comunes, un acercamiento a cómo Mariátegui, a partir de la situación concreta que encuentra a su regreso de Europa, escribe, pero también actúa, para llevar a cabo su proyecto político. Véase «José Carlos Mariátegui y las universidades populares González Prada», en *La aventura de Mariátegui*, PUCP, Lima, 1995.